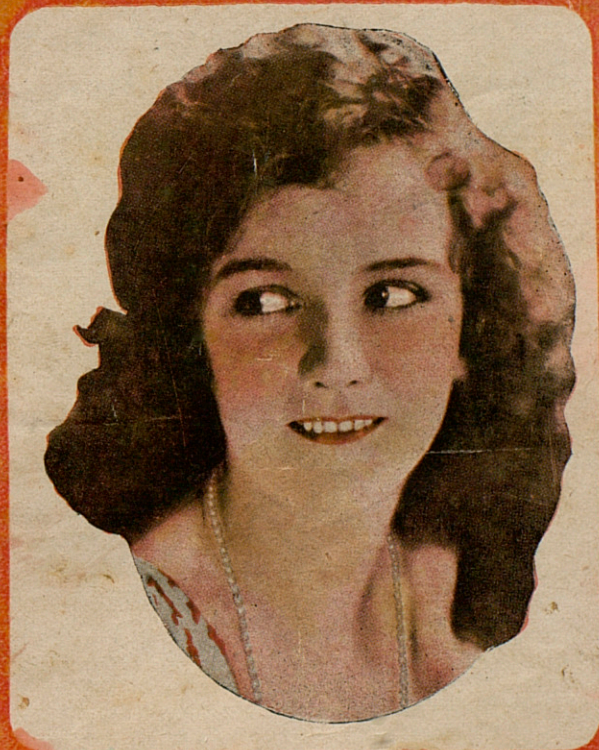


23

La Pelicula Selecta



5

25

RIQUEZA CONTRA NOBLEZA

por MARY PHILBIN



BAGGOT, King

La Pelicula Selecta

Oficinas: «EDITORIAL PEGASO» - Gran Vía Layetana, 23
Teléfono 1496 A.

Año I | Barcelona, 13 Junio de 1925 | N.º 23

(THE SMET GIRL, 1924) RIQUEZA CONTRA NOBLEZA

Interesante novela cinematográfica, llena de emoción y realismo, basada en la película «joya» del mismo nombre, marca «Universal», interpretada por la célebre y hermosa «estrella» de la pantalla, *Mary Philbin*.

CONCESIONARIOS: **HISPANO-AMERICAN FILMS, S. A.**

Valencia, 233 - Barcelona

Irene Tudor	Mary Philbin
El barón de Tudor.....	Joseph Dowling
Owen Tudor de San Juan...	William Haines
Juckins	James O. Barrows
Juan Kershaw	De Witt Jennings
Cristóbal Kershaw	Freeman S. Wood
Ernesto Evans	Otto Hoffman
Pensamiento Gale	Grace Darmond
Su Alteza el Duque.....	Thomas Ricketts
Tracio Andrews	William Turner
Archibaldo Smythe	Duke R. Lee

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

La Biblioteca de la Universidad de Chile

Deposito Legal - 1925 - 1000

1925 - 1000

La Biblioteca de la Universidad de Chile

Deposito Legal - 1925 - 1000

1925 - 1000

El castillo de Pencarreg, residencia señorial de los Tudor de Pencarreg, rama empobrecida de una familia que ha dado cinco reyes a Inglaterra, alzaba, junto al mar, su silueta esbelta y orgullosa.

En sus vastos salones retumbaba todavía el eco del grito de guerra de los Tudor: «No nos rendimos.»

El anciano barón de Tudor, más agobiado aún por las deudas que por los años, acababa de recibir una carta, en la que se le decía, entre otras cosas:

«...Y, estando ya fuertemente hipotecado, no podemos hacer nuevos préstamos, por-

que el Banco ha de proceder al embargo del castillo para proteger los hechos con anterioridad sobre él.

»De usted afectísimo

»Guillermo Huntley.»

Mientras el barón se enteraba de nuevas tan desagradables, su nieta, Irene Tudor, platicaba sobre una peña de la costa con Owen Tudor de San Juan, pariente lejano y único heredero de la empobrecida familia de los Tudor de Pencarreg. La linda joven, que no ignoraba ni mucho menos la situación de su orgullosa casa, se lamentaba ahora:

—Agobiados a fuerza de deudas e hipotecas, no sé, Owen, cómo vamos a poder conservar nuestros títulos de propiedad sobre Pencarreg.

Owen creyó acertar con la única solución y repuso:

—Sólo hay un medio: que yo salga para Africa a explotar la mina que allí me dejó mi padre.

—Muy sensible ha de ser para mí tu partida, Owen—confesó Irene—; pero mi abuelo preferiría morir antes que perder el castillo.

—¡No lo perderá! Ayúdale tú a capear este temporal económico hasta que yo re-

grese con el dinero para conjurar el peligro definitivamente.

Después de este breve diálogo, subrayado con amorosos apretones de manos, la joven se encaminó al castillo. Dentro de la propiedad de éste, se topó Irene con el odioso Ernesto Evans, agente ejecutivo de la localidad. La muchacha le conminó enérgica para que abandonara aquellos lugares; pero el agente, irónico y burlón, engallándose mientras succionaba con delicia un veguero, replicó:

—No sé a qué viene ese orgullo, señorita, cuando tan poco segura está usted en Pencarreg.

Irene, empujando la rústica puerta giratoria sobre que estaba recostado Evans, le hizo medir el suelo con su pretencioso cigarro en la boca, y se alejó, saltando y riendo. Luego esperó a que se le reuniera Owen y juntos entraron en el castillo.

El único criado de la casa, el viejo Juckins, hacía las veces de cocinero, portero y ayuda de cámara, y tan pronto se le veía con el mandil y el gorro de cocina como con la galoneada casaca, que sabía llevar con la dignidad del que está habituado a servir a un gran señor. Juckins, pues, que estaba cocinando, al llamar Irene, se puso la casaca

con la rapidez de un verdadero transformista y dió paso a su gentil señorita.

Irene halló a su abuelo sentado en el sillón de cuero, de ancho respaldo y le llamó la atención bromeando. Luego le dijo con seriedad:

—Espera, abuelo, trataremos con Owen del asunto de esa carta que tanto te preocupa después del te.

Minutos más tarde, Juckins servía el te a sus señores.

* * *

La guerra había convertido a Juan Kershaw, de origen y maneras plebeyas, en multimillonario. Kershaw se había propuesto posesionarse del castillo de Pencarreg. Llegó ante él con su hijo Cristóbal, enfatuado y ridículo, del que quería hacer un hombre moderno. Kershaw, desde el auto que los había conducido y el que Evans salió a recibir, mostró el castillo a su heredero, indicándole que pensaba comprarlo. Cristóbal dijo con tono desdenoso:

—Si compras para mí esta tenebrosa ruina, rara vez me verás en ella.

—¡Tú irás adonde yo te lleve! ¡Y guárdate de contestarme así!—replicó furioso el nuevo rico.



Al llamar Irene...

II

Después del te, el barón de Tudor habló así a su nieta y a Owen :

—Lo más sagrado en una familia es la tradición. Y la nuestra quedaría rota si nos dejáramos arrebatar a Pencarreg, que debe pasar de unos a otros herederos... Verdaderamente, hoy carecemos de crédito y el invasor está llamando a nuestras puertas; pero durante novecientos años le hemos rechazado ; no ha de tener ahora más fortuna.

No se equivocaba el barón respecto a que el invasor estaba llamando a las puertas del castillo, pues el agente ejecutivo Evans y Juan Kershaw las golpeaban en aquellos instantes, mientras Cristóbal los esperaba a corta distancia con el resultado de la entrevista.

El barón de Tudor en persona fué a abrir. El agente le presentó a su acompañante :

—Este es el señor Kershaw. El castillo le gusta y cree que lo comprará.

Frunció el barón el entrecejo y repuso :

—Evans, ya le advertí que no volviera a entrar por mis puertas. ¡ Ahora doy a usted y a esa persona, cinco minutos para salir de aquí !

El nuevo rico se soliviantó .

—Tenga paciencia, amigo ; esta propiedad está a la venta.

—¡ Cinco minutos !—insistió el barón.

—¡ No me levante usted la voz ! ¡ Usted no sabe quién soy yo !—contestó Kershaw.

Pero el altivo Tudor les dió con la puerta en las narices.

—El multimillonario no se amilanó por eso, y llegando adonde estaba su hijo, le dijo :

—Cristobal, el castillo es tuyo. Yo lo arreglaré y aquí empezarás a crearte una familia : ¡ los Kershaws de Pencarreg !

Entretanto, dentro, Irene decía a su abuelo :

—¡ No han de quitarnos Pencarreg ! ¡ No nos lo han de quitar !

—Bien hablado, ¡ como corresponde a una Tudor !—exclamó entusiasmado el barón,

que sentía en sus venas la sangre guerrera de sus antepasados.

Irene y Owen, después de esta escena, se metieron en la capilla del castillo, donde los caballeros de Tudor juraron, durante varios siglos, defender a Pencarreg y a sus damas. La oración de los jóvenes fué :

«Nos obligamos, solemnemente, a conservar Pencarreg y guardar fielmente la tradición de la familia, cueste lo que cueste. Amén.»

Irene y Owen se despidieron, pues éste quiso partir para Africa.

III

Apoyado por la ley, el invasor vuelve de Londres.

Kershaw decía a su hijo :

—Evans está camino del castillo. ¡Salen los de sangre azul para dar paso a los de sangre roja !

Pero como Cristóbal, más que atenderlo miraba y sonreía desde el auto a una moza lozana y garrida que sostenía el cántaro de agua sobre la redonda cadera, le advirtió :

—Quiero, además, que te busques para esposa, una verdadera dama. De lo contrario, te desheredo.

El agente ejecutivo, mientras tanto, había llamado de nuevo a la puerta de Pencarreg. Salió Juckins a franquearla y al verlo le ordenó :

—¡ Váyase de los terrenos del castillo inmediatamente !

Evans arrolló al fiel sirviente y entró en el castillo, llegando hasta el altivo Tudor, al que dijo :

—El señor Kershaw tiene en su poder el título de propiedad sobre Pencarreg ; y yo, aquí la orden judicial para que usted lo abandone.

El barón, por toda respuesta, le arrancó la orden judicial y luego, ayudado por Irene y Juckins, armados de hachas y picos, acometieron al agente, que huyó despavorido. Irene lo persiguió y topándose con Kershaw, lo acometió también, al grito de :

—¡ Váyase de la propiedad de mi abuelo !

Sin embargo, ante la inflexibilidad de la ley, Tudor salió para Londres a fin de conferenciar con sus abogados.

Iban en un carricoche guiado por Juckins y arrastrado por un cansino caballejo, cruzándose con el auto en que iban el multimillonario y su hijo. El barón, con una fusta en alto, gritó :

—¡ Apártate, villano ! ¡ Deje paso a un Tudor !

Esta fiera actitud amilanó a Kershaw, que ordenó a su chófer diera paso al que descendía de reyes.



Abofetéó al empresario del Gaiethy

IV

La propiedad africana de Owen resultó ser la mitad de una mina de oro, completamente improductiva, según aparecía en los libros de su copartícipe Archibaldo Smythe.

Después de repasar los libros, Smythe se alejó, quedando solos Owen y su administrador, hombre serio y honrado, que declaró a Owen la poca confianza que le inspiraba su socio. Pero Owen, optimista, replicó:

—Smythe parece buena persona; es posible que tenga usted de él un juicio equivocado.

—Es posible, sí; pero vigile. ¡Ese hombre es de cuidado! Tanto es así—añadió el administrador—que como medida de precaución voy a ir a la costa para inscribir en el

registro estos documentos que acreditan sus intereses en la mina.

* * *

Dejamos al barón de Tudor y a su nieta camino de Londres y justo es que averigüemos cuál fué su suerte en la populosa y neblinosa capital. Pero para llegar hasta donde ellos están, hemos de seguir por las calles de Londres a una muchacha rubia, bonita, con trazas de artista, que ha sostenido un corto diálogo con otra mujer elegante y des-cocada.

Por este diálogo sabemos que la rubia se llama Pensamiento Gale y es cómica. Pensamiento, en los escalones que ha de subir para entrar en su casa, encuentra derrumbada a una joven desconocida para ella. Y como, aunque mundana y frívola, Pensamiento Gale es caritativa y tiene un corazón de oro, alza del suelo a la alicaída joven y sosteniéndola la acompaña a su casa. La infeliz muchacha no es otra que Irene Tudor, a la que la cómica, observándola, le dice:

—¡Tienes cara de hambre, amiga! ¿Hace mucho tiempo que está en huelga tu estómago?

—Sí, ya hace días—confiesa Irene.

—Eso es suficiente para que Pensamiento

salga en busca del te y de otras cosas. Vuelvo en seguida.

Y Pensamiento sale del cuarto de Irene y como ella vive en el piso de abajo, al momento regresa con viandas.

Cuando la Tudor ha reparado un poco sus fuerzas, la cómica la dice:

—¡Cuéntale ahora a Pensamiento lo que te ocurre!

Y la joven le refiere cómo ha ido a Londres con su abuelo creyendo que podría arreglar con sus abogados el asunto del castillo, que ella, en vista de que no lo atendieron, había procurado encontrar trabajo y que tenía en Africa un novio llamado Owen, que cuando regresara recuperaría el castillo.

Pensamiento entonces la propuso llevarla al teatro para ver de que la admitieran. Y al día siguiente, las dos muchachas entraron en el despacho del empresario del teatro Gaiethy, donde se ensayaba una nueva ópera.

El empresario miró a Irene, apreciando sus líneas, la dijo que podía usar mallas y, finalmente, la palpó de arriba abajo. La Tudor, molesta por esta audacia, abofeteó al empresario del Gaiethy. Pensamiento la contuvo y la dijo:

—Eso es muy de teatro, amiga mía. Esta



4.74.

«Y me figuro cual será su sorpresa al saber que me dedico a la escena.»

gente acaricia a las mujeres como a los caballos... No hagas caso.

La aproximó de nuevo al empresario, que, sin demostrar enfado por aquella escena, exclamó :

—Me gusta su carácter ; cuente desde luego con una plaza.

V

Durante veinte representaciones, Cristóbal Kershaw ha ocupado asiento en el mismo palco, enamorándose locamente de una de las artistas, de Irene Tudor.

Aquella noche Pensamiento anunció a su amiga que iba a cenar con su amigo. Cristóbal había pretendido a Irene, sin que ésta le hiciera caso, y lo informaron de que se trataba de una Tudor que llevaba sangre azul en sus venas. Cristóbal replicó :

—Ella es muy orgullosa, pero yo la conseguiré.

No obstante, Irene seguía sin hacer caso de sus palabras y Pensamiento la dijo que bien merecía que Owen le fuese fiel, despre-

ciando como despreciaba a un pretendiente tan rico como Cristóbal Kershaw.

Owen, mientras, había recibido una carta de Irene en la que ésta le ponía al corriente de su nueva vida. Owen leyó con asombro:

«...Y me figuro cuál será tu sorpresa al saber que me dedico a la escena. Aquella danza que yo bailaba en casa para distraer a mi abuelo, está haciendo furor, motivo por el cual el director me retribuye espléndidamente. Como el teatro estará abierto todo el verano, puedes escribirme a éste, que es el teatro Gaitey...»

Owen pensó en la conveniencia de regresar en seguida con dinero a Inglaterra, y, topándose con su socio, le recriminó:

—¡Nuestros libros demuestran que me ha estado usted robando desde hace años!

Estaban solos y Smythe sacó su pistola, disparando sobre él. Owen, aunque herido, pudo defenderse, disparando también su revólver.

... ..

Irene recibió el siguiente telegrama:

«Owen Tudor San Juan murió a manos de su socio. Reciba mi pésame.—*Fracio Andrews.*»

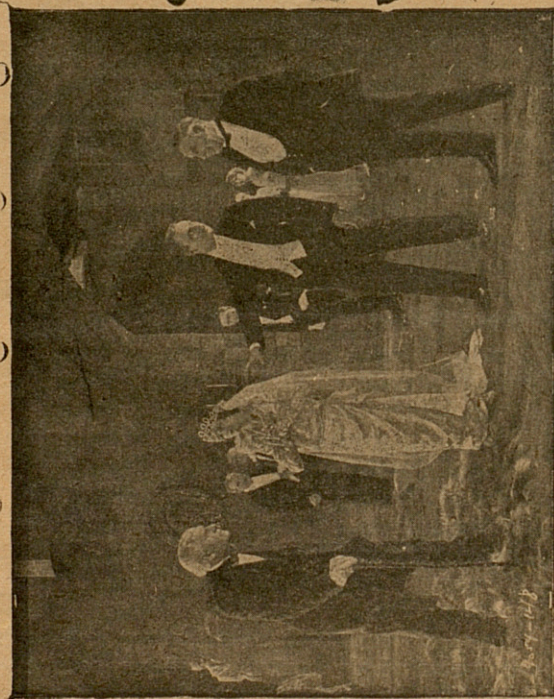
VI

Al salir aquella noche del teatro y después de una cena en el Ritz, Pensamiento, el duque, su amigo, Cristóbal y su entretenida, se dirigieron a casa de la primera a terminar la juerga.

Cristóbal se empeñó en que Pensamiento hiciera bajar a Irene. Como Pensamiento se negara, el ricacho dijo:

—¡Anda... o voy yo mismo!

La cómica no tuvo más remedio que acceder y subió al cuarto de su compañera, a la que encontró de bruces sobre un sofá e inundada de lágrimas, pues acababan de entregarle el telegrama anunciador de la desgracia.



La joven tendió hacia él sus brazos trémulos.

—¡Owen ha muerto!—exclamó Irene al inquirir Pensamiento la causa de su llanto.

La artista, aunque mareada por las libaciones de aquella noche, comprendió bien el dolor de su amiga, que la rogó no dijera nada a su abuelo, postrado en cama casi desde que llegaron a Londres. Pensamiento lo prometió así y bajando a su cuarto, dijo enérgicamente a sus amigos:

—Tienen ustedes que regresar a sus casas; su novio Owen ha muerto.

Aunque de mala gana, Cristóbal, su amante y el duque se marcharon.

Owen, entretanto, estaba en la mina, convaleciente de una grave herida e incomunicado con el mundo exterior.

* * *

El tiempo había puesto una carga más sobre los hombros de Irene. Su abuelo deliraba continuamente:

—¡Me han robado mi castillo!... ¡Me han robado mi castillo!...

Cristóbal, enterado de esto, había estrechado el cerco, preguntando a Irene:

—¿No puedo yo hacer nada por su abuelo?

Y ella repuso :

—Nada, como no sea restituirlo a Pencarreg.

El teatro Gaiethy, por otra parte, concluía la temporada.

En una de los pasillos el duque y Cristóbal conversaban. Decía éste :

—Creo que mi luna de miel se aproxima, así es que he cablegrafiado a mi padre. Lo cual significa que he de recibir un millón.

Irene, en el camerino, decía a Pensamiento :

—Cristóbal se me ha declarado otra vez y yo he prometido contestarle esta noche.

A poco Pensamiento se reunía con su duque, y la Tudor, pensando en su pobre abuelo... accedió a ser acompañada por Cristóbal Kershaw.

Ya en casa, le dijo :

—El médico asegura que mi abuelo morirá si no lo restituyo al castillo.

—¿No le he dicho a usted que le regalo el castillo de Pencarreg?—replicó el rico plebeyo.

—¿Y usted se conformaría, aun sabiendo que todo lo hago por mi abuelo?

—Sí ; yo sólo aspiro a casarme con usted para sentar la cabeza.

—Entonces, convenido—remarcó Irene.

Esperaba Cristóbal a que saliera del cuar-

to de su abuelo Irene cuando un botones le entregó un telegrama dirigido a ésta. Decía el telegrama :

«Acabo de llegar a Sierra Leona. No pude comunicar contigo antes. Pencarreg será nuestro otra vez. Salgo miércoles. Espérame en Londres.—Owen.»

Cristóbal se guardó el telegrama, pues

sabía que de enterarse Irene de su contenido, retiraría su palabra de ser su esposa, ya que únicamente lo hacía porque su abuelo pudiera volver a Pencarreg.

Irene decía a su abuelo :

—Abuelo, vamos a volver a Pencarreg.

Y así fué, en efecto. A los dos días, el barón de Tudor, su nieta y Juckins, bien advertido y aleccionado por la joven para que su abuelo ignorase a qué se debía la restitución de Pencarreg, entraban en el castillo.

Mientras, Owen se enteraba en Londres de que Irene había regresado al castillo, donde se casaría con un tal Kershaw.

VII

A petición de la novia, el casamiento tuvo lugar en la capilla de Pencarreg, sin ostentación ninguna.

Después de las bendiciones, Irene se retiró a su cuarto, mientras el novio y los invitados bebían en la planta baja... Llegó el padre del novio, que dijo a su heredero:

—Recibí tu cablegrama, pero perdí el vapor. Dime, ¿has escogido para esposa una dama de abolengo?

—He cumplido su orden al pie de la letra—repuso Cristóbal.

Bajaba en esto las escaleras Irene Tudor, con el traje de desposada y ceñida la frente con una diadema, con lo cual tenía el aspecto de una reina, joven y hermosa.

Juan Kershaw quedóse sorprendido, exclamando:

—¡Luego mi hijo se ha casado con una Tudor!

Juckins anunció a su señor que Irene acababa de casarse con el joven Kershaw.

El barón, herido en su orgullo de raza, fué en busca de su nieta y al verla rodeada de los Kershaw y de los invitados, la increpó:

—¿Cómo te has atrevido a realizar este casamiento? El nombre más legítimamente orgulloso de Inglaterra arrojado al cieno!

La joven tendió hacia él sus brazos trémulos; pero el barón la rechazó con asco, exclamando:

—¡Es la primera vez en novecientos años que el escudo de los Tudor ha dejado de brillar, degradado y deshonorado por tu causa! ¡Tú has dejado de ser una Tudor! ¡Ahora eres una Kershaw y en Kershaw te has de quedar!

Ella suplicó:

—¡Ay, abuelo, no me dejes, no me dejes! Pero el viejo tigre salió del castillo seguido de Juckins.

* * *

A una orden de Cristóbal se sirvió la ce-



Owen la recibió en sus brazos.

na. La novia estaba triste y el novio, cretino y grosero, bebía como una esponja y hacia el amor a su ex amante allí presente, como Pensamiento Gale y el duque.

Juan Kershaw se levantó y, alzando su copa, brindó :

—¡ Brindemos por la novia de Pencarreg, la esposa de Cristóbal Kershaw !

Brindaron todos menos Irene y una de las mujeres que ocupaban la mesa, turbia la vista por el alcohol, dijo :

—¡ Dios mío, en esta mesa hay trece ! ¡ Alguno ha de morir !

El multimillonario, despectivo, exclamó :

—¡ Dejaos de supersticiones ; esas son cosas de gitanas !

Regresó Juckins y acercándose a Irene, la dijo al oído :

—El señor barón está bien ; ha ido a la casa chica.

Juan Kershaw seguía perorando :

—Yo llamo a éste un gran casamiento ; sangre azul y roja : orgullo y opulencia. Y ahora, es mi opinión que debemos salir para Londres y dejar sola a la feliz apreja.

Pensamiento se despidió de Irene, diciéndola :

—Adios, querida ; no puedo dejar que mi duqué se aleje mucho de mí. Así perdí al último.

Kershaw padre, despidiéndose de sus hijos, les dijo :

—Una bendición de padre, y que todas vuestras penas sean pequeñas.

Y los desposados quedaron solos.

* * *

Irene fué a sentarse a una pequeña otomana. Cristóbal, borracho, se sentó junto a ella y cogiéndola las manos, la dijo :

—Estás helada, bebe un poco de vino.

Ella exclamó :

—¡ Por favor, déjame ! ¡ Estoy medio loca pensando en mi abuelo !

—¡ Olvídate alguna vez de él para pensar en mí !—se lamentó Cristóbal, bebiendo solo el champaña que se hizo servir por Juckins.

Entonces ocurrió algo imprevisto. Ante los ojos atónitos de los recién casados, se apareció la figura de Owen Tudor de San Juan, que avanzaba hacia ellos.

—¡ Owen vivo !—gritó Irene aterrada.

Owen, dolorido, repuso :

—¡ Has faltado a tu juramento, Irene ! Me lo dijeron en Londres, pero no lo quería creer.

Irene se adelantó hacia él implorante :

—¡ Perdón, Owen, perdón !... ¡ Me telegrafiaron tu muerte !

—¡ Tú me prometiste esperarme ! ¡ No quiero volver a verte !

Iba a salir Owen, como lo hizo, y al ir a lanzarse Irene tras él, la contuvo Cristóbal. Ella le dijo :

—¡ Pero si a quien yo amo es a él, no a ti ! ¡ Yo no puedo seguir contigo !

—¡ Tendrás que seguir !—rugió Cristóbal, persiguiéndola—. ¡ Tú eres mía... mi esposa... mi propiedad !...

Irene demandó auxilio :

—¡ Sálvame, Owen, sálvame !

Y huyó a la capilla, donde Owen la recibió en sus brazos. Cristóbal quiso seguirla, pero después se detuvo y llamando a Juckins, gritó tambaleándose :

—¡ Maldito sea este agujero tenebroso !... ¡ Tráeme de beber !

Y, sentándose en la otomana, sobre la cual pendía una inmensa araña de bronce, continuó bebiendo, mientras Irene procuraba sincerarse ante Owen. Luego le dijo :

—¡ Es preciso que te vayas, Owen ! Ante la ley pertenezco a Kershaw... y no tengo más remedio que unirme a él. ¡ Soy su esposa !... ¡ Afrontaré las consecuencias !

Pero Owen se resistía y ella suplicaba de nuevo :

—¡ Por favor, Owen, vete !

Iba él a obedecer dolorido, muerta para siempre su esperanza, cuando sucedió un hecho insólito. La araña de bronce, rota la

maroma que la sostenía en alto, se precipitó sobre la cabeza de Cristóbal Kershaw, aplastándole.

Era la maldición de Pencarreg, que volvió a ser otra vez de sus legítimos dueños, de los orgullosos y altivos Tudor, ya que Owen lo compró a Juan Karshaw a buen precio.

FIN

El número próximo se titulará,

EL DESDEÑOSO

hermosa película de la «FOX», interpretada
por el célebre artista de la pantalla

Jhon Gilbert

Lea usted
la revista popular ilustrada

EL CINE

El semanario ideal para
las familias

20 céntimos número

...

Suscripción :

2'50 pesetas

trimestre

con derecho a un elegante álbum de música
GRATUITO con las 16 composiciones más popu-
lares de la temporada



EDITORIAL PEGASO

Gran Vía Layetana, 23 - Teléfono 1496 A.

MARCELONA

Imp. Villarreal, 12 y 14